

LOS SEFARDIES Y NUESTRA MADRE PATRIA

ARTURO CAPDEVILA

Poeta, escritor, catedrático,
historiador argentino

Aun trasoigo el peregrino eco de aquellas dulces melodías

(Palabras de un sefardí en Españoles sin Patria).

1

¿Cómo no ha de ser deseado, entre lo que más anhela, la pureza del habla general y la comunicación de unas y otras naciones hispánicas mediante la difusión del libro y lengua española, si grandes son por muchas variadísimas tierras, nuestros intereses espirituales, y todavía anda dispersa o se acabará por dispersar, si nada se hiciera, buena parte de la común familia?

Pues también por el Oriente, en ciudades y aldeas de Turquía y del Asia Menor, pueblos muy numerosos hablan en castellano: un castellano viejo, algo marchito, hecho todo de recuerdos y de nostalgias; castellano un poco taciturno que es solamente un melancólico eco. Hablo de los *sefardim* o sefardíes: judíos descendientes de aquellos leales creyentes que arrojara de España el terrible edicto de los Reyes Católicos. Son los hijos de Sephar o Sefarad, como se llama a España en lengua hebrea. Abundan por todo ese Oriente del viejo Mediterráneo los israelitas españoles. Pero los hay por todas partes. Los hay en Hungría, particularmente en Zimony. Los hay en Belgrado, en cuyas tiendas se comercia en castellano. Los hay en Turquía, por la Rumelia, por la Macedonia; no menos de sesenta mil son los que cuenta Salónica**. Los hay en Bulgaria, en Grecia, en la costa asiática. Pasan de cuarenta mil los sefardíes de Esmirna. Los hay en Servia, en Rumania, en Bosnia; en Sarajevo, en Viena; en barriadas enteras de Bucarest. Los hay en Italia; los hay en Francia: algunos en París, muchos en Bayona y Biarritz. Los hay en Bélgica, en Holanda, en Gibraltar. Los hay en África, desde Marruecos hasta El Cairo y Alejandría. No son pocos. En veinticuatro mil se ha calculado moderadamente el número de familias hebreas que fueron expulsadas de su patria española.

Hemos hablado de los sefardíes de Europa y del Oriente. Nos faltaría referirnos a los de ambas Américas, que se cuentan por millares, desde nuestra Buenos Aires hasta Nueva York. Pero ya urge decir que fue el Dr. don Angel Pulido Fernández, senador español de claros ideales, el que se enamoró, a principios de siglo, de la venturosa idea de una reconciliación entre españoles y sefardíes, o si mejor se quiere entre españoles de la Iglesia y de la Sinagoga. Tan sinceramente lo quería, que no temió sarcasmos ni calumnias: ni aun siquiera la miserable especie, fatal en su casa, de que el oro judío pagaba su pluma. Fruto de su extraordinaria labor han quedado innumerables artículos y un libro principal: **Españoles sin Patria**, que señalará siem-

pre una época en la materia. A este respecto, cuenta España además con un libro fervoroso: **Las luminarias de Hanukah**. Lo compuso, entre reminiscencias recónditas de la raza, el muy notable escritor madrileño R. Cansinos Assens. Son páginas de una delicada pureza. Novela llama Cansinos a su libro pero más que novela es poema, dilatado poema en que se refiere un vago dolor de acaso arrepentidos conversos. He aquí los títulos de sus cuatro partes: "La voz de los abuelos". "Un caudillo de Israel". "La casa de Jehová". "La pascua de las razas"... Total, un poema, y en sus cuatro partes una tristeza de salmos que por momentos quiere ser canción.

Bien nos muestra el religioso libro de Cansinos Assens el alma de los sefardíes y luego comprendemos en toda su nostalgia este suspiro del desterrado que piensa en sus abuelos: **Aun trasoigo el peregrino eco de aquellas dulces melodías**. El castellano ha quedado prendido a sus almas como una inolvidable música. Trasoien viejas voces castellanicas y trasueñan entre casi desvanecidas memorias. "El español era la única herencia de nuestros padres", ha escrito una joven sefardita de Constantinopla, cuyo testimonio recoge el doctor Pulido. "Era la única herencia; la conservamos porque era magnífica". El castellano es para ella una reliquia salvada entre queridas ruinas. No fue más piadoso Eneas al conducir a sus dioses troyanos, que lo fueron los sefardíes a través de los siglos, en guardar el idioma de sus mayores. ¡Qué mucho, si cuando hablaban de España no la llamaban de otro modo que la segunda Sión! La llaman ahora mismo así. No hay cosa de España que no les quede cerca del alma. El sefardí de Buenos Aires respira castellano en las calles; no le basta. Necesita el acento rancio de España. El es aquel que nunca falta a los teatros españoles; va buscando coplas del pueblo o versos del Siglo de Oro. Bejarano, un ilustre sefardí de Bucarest, escribe: "Yo sería el más infeliz hombre si muriese sin ver el suelo de mis antepasados". Parecería que los únicos antepasados de un sefardí fueran los que vivieron en Córdoba o en Toledo. Los de Palestina no existen para ellos; los otros fueron como nómadas sin nombre. Su memoria da en la oscuridad y en el vacío. Si no la génesis, la historia comienza en España, para este hijo de Israel. ¿La historia? La historia tampoco. La historia comienza en Tierra Prometida; viene de los desiertos; sigue por las Persias y las Babilonias de los cautiverios y las persecuciones; se hace clamor en Josefo bajo el romano brutal; se disemina luego por los caminos de un éxodo sin rumbo. No. La historia no comienza en

** El libro data de una época anterior al exterminio nazi.

España. Allí comienza algo mucho más dulce que contar; mucho más grato de saber: la crónica, entre nombres familiares y fechas conocidas; la crónica que bien aderezada, por un agudo rabí, a la luz de los velones, por fiesta de Purim, es todo el aroma, todo el aroma, y toda la intimidad de la vida.

Nos explicamos pronto así que un profesor de Esmirna llame a España "dulce y tierna como una **mañanada** de primavera" y entendemos al punto esa fidelidad con que declara: "**Ansí lo topí** (lo topé, lo ha-

lle) **hasta agora; ansí espero toparlo hasta la fin de mis días**".

No es mucho tampoco que numerosos sefardíes propongan para el día de la Palestina autónoma el idioma castellano por lengua oficial. En todas estas manifestaciones habla siempre la misma añoranza: la añoranza de la España perdida. Será que el alma judía es soledosa como ninguna. Ello es que el pueblo de las muchas ruinas y de las muchas tinieblas y de los muchos éxodos, llora hoy todavía, después de cuatro centurias sobre las siete apagadas luminarias de la palabra Sefarad.

EL ROMANCERO SEFARDI

2

El estupor cae fuera del tiempo. Si el éxtasis reporta la unión interior del alma con Dios en la contemplación y en el amor, el estupor es la unión del alma con el Hado, en el enajenamiento del dolor y del miedo. Son dos estados preternaturales del alma atónita. En el estupor, la conciencia estupefacta queda atada a su signo fatal. El tiempo y el espacio se reducen a dos sombras. Se anda, se ve, se vuelve, pasan muchas y nuevas cosas; pero todo como en sueños, como si los hiciera otro. El pasado se torna presente, un presente diuturno; imperecedero. Toda otra vida que no sea la del pasado parecerá una historia ajena. En el estupor, la única verdad, toda la verdad del mundo, quedó atrás, no perdida, sino fija para siempre. Lo demás, el verdadero presente, es un puro trasoír, un vano trasoñar. Se diría que en ese enajenamiento vive el sefardita, desde la hora del edicto espantoso, y se explicaría así que a lo largo de cuatro siglos de una incomunicación total no haya podido olvidar las melodías del castellano, ésa que él llama lengua ladina en un arcaísmo que se creyera doblado de maliciosa ironía.

No saben olvidar el castellano, los sefardíes, bien que ya les importe, como en el tiempo de oro, la elegancia de las formas, la gracia del bien decir, el arte de las palabras exquisitas. Si hasta hay entre ellos quienes ignoran qué lengua hablan..

El doctor Pulido, en su libro **Españoles sin patria**, recoge este diálogo entre Max Nordau y unos hebreos españoles de cualquier judería del Oriente:

—¿Dónde están los sellos? —pregunta la tendera a su marido. Max Nordau, asombrado de oír castellano, exclama:

—¿Qué? ¿Habla usted español?

—No, señor —responde ella— hablo chudeo.

Pero en este punto interviene el marido:

—Esta mujer **no está culta**, y **no sabe lo que habla**; si lo supiese diría que habla español.

A tales extremos de ya inconsciente jerga ha llegado en el Oriente el gran idioma de Castilla.

Mas no se debe inferir, como lo hizo Max Nordau, ante ésa u otra parecida muestra de abandono o letargo, que el patrimonio de la lengua española se limite ahora a un escaso repertorio de, cuando mucho, cuatrocientos vocablos desfigurados, vacilantes y torpes.

De averiguaciones recientes resulta que la base lingüística española es todavía muy grande en el judeo-

español; al punto que los actuales diccionarios sefardíes registran hasta diez mil voces castellanas.

Por ejemplo, el judeoespañol o lengua ladina de Constantinopla ha sido recientemente estudiado por el profesor L. M. Wagner: sólo que su libro está en alemán y fue publicado en Viena.

Catorce cuentos y una conversación de la calle constituyen su notable material. Tan notable, que muchos han debido ser los comentarios peninsulares del libro vienés; merced a los cuales y particularmente al detenido análisis crítico del doctor Yahuda (Revista de Filología, tomo II) podemos ahora ampliar el acervo de nuestros conocimientos, nada largos hasta el presente, sobre las cosas sefarditas.

Pero hablan, en general, sobre las cosas.

Pero hablan, en general los judíos españoles del Oriente, un castellano no muy distinto del que escriben: un castellano infantil, como de niños extranjeros, de vocales inciertas en la que la e suele ser i, o en la que la u se trueca en au; a causa —ya se comprenderá— de la escritura rabínica en que tan pocas grafías se concede a las vocales. Y todo esto, sobre un fondo de fonética oriental, a cuyo influjo se bastardea el acento de muchas consonantes. Acaso con más frecuencia de lo que imaginamos, hemos oído hablar de los sefardíes, sin adivinar quiénes eran. Si nos sorprendió la fluidez y a las veces el dejo arcaico de la frase, rechazamos cualquier sospecha de fraternidad romances, por la dureza turca o la aspereza búlgara de la pronunciación, acabados de desorientar por este o aquel galicismo, o italianismo flagrantes. **Eran, sin embargo, españoles sin patria...**

Españoles sin patria que aun en la Buenos Aires de los tangos conservan las viejas letras de sus canciones medievales, como éstas que debo a una alumna del Liceo de Señoritas, de filiación sefardí:

Entré en una casa rica
do vide una muchachica
que de años era chica
y mi amor le declaró.

Amor que correspondió la niña, según lo que canta:

Mancevo de dulzura,
linda es la tu figura,
¿Me darás consolación?

O bien estos otros ritmos:

Yo non durmo de noche ni día.
Los que aman angustia los guía.
¿Quién es éste que abajo la puerta
con cestico e recoge una flor?
—Es tú amante, hermosa doncella,
que non duerme pensando en tu amor.

Los españoles y las españolas sin patria saben también este cantar:

¿Quién me va a querer a mí,
sabiendo que yo te quiero
y muero de amor por tí?
¡Quién me va a querer a mí!

En otras ocasiones hubieron de parecernos árabes hablando castellano. En la aspiración de las jotas y de las hacheas, sentíamos el viento del desierto: tan oriental se ha vuelto allí nuestro idioma, bañado en las corrientes de los viejos idiomas de la Biblia y del Corán. En todo caso, durante cuatro siglos de aislamiento, de confinamiento verbal, entre ulemas de Turquía o drusos del páramo, hay tiempo suficiente para que una lengua se empantane y corrompa.

A Dios gracias no ha sido así en excesiva proporción

Asonbroso es, en realidad, que **cienes de años después**, para decirlo en ladino, se conserve relativamente tan pura la lengua de España, **el habla dolci española**, como a la espera de un resurgimiento. No le mintió a Pulido el que dijo: **"Nosotros israelitas españoles nos**

3

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, el sefardí no consigue sustraerse a las seducciones de Italia y de Francia. El peligro no reside ya en las viejas lenguas del Levante sino en las nuevas de Europa. Debe saberse que en muchas zonas la lengua que hoy todavía llamamos judeoespañola pudiera ir llamándose judeofrancesa. Nula es la acción hispánica en aquellas tierras casi españolas, como no se cuente inteligentísima (sí, pero aislada), esa inteligentísima y nobilísima y muy tesonera campaña de La Revista de la Raza, más ibero-africana, por desgracia que ibero-sefardí. Con todo, es admirable la obra de su director D. Manuel L. Ortega, y lo rodean infatigables colaboradores. Verbigracia: D. José M. Estrugo, destacado hispanófilo de Constantinopla.

Incesante y perfectamente coordinada, es en cambio, la acción francesa, gracias sobre todo a la sistemática penetración de la Alliance Israelite Universelle, que tan luego abre bibliotecas y funda asilos como instala escuelas y colegios en que el francés va desplazando al ladino.

Sólo quedan, en puridad, para defender el patrimonio castizo, unos pocos sefardíes a quienes suele llamarse *arcaizantes*, bien que esta vez *arcaizar* sea precisamente mirar por el futuro; pues para el sefardita salvar el castellano, es vincularse, por mediación de España, con nuestra grande América del porvenir. Lo

gustamos mucho quando topamos ocasion di poder hablar nuestra lingua".

Así escriben, así la llaman, con no sabemos qué inocencia de niños. Un alma dulce, tibia, se revela en expresiones de un raro pergeño, de un español tan infantil como arcaico, en que al encanto de la vieja construcción se añade el de la pureza de los sentimientos expuestos; como, por ejemplo, en esta frase de recién casado, enderezada a disculpar con la luna de miel la tardanza en responder a la carta de un amigo: **"Del día de mi boda estoy abolando con mi palomba..."**

Pero la nota típica es el arcaísmo. Hay palabras de este judeoespañol, que, a manera de caracoles marinos, apenas puestas al oído rebosan de una música de lejanos, como es justo, de izquierda a derecha, pronto en el Oriente lo empezaron a escribir de derecha a izquierda y con caracteres rabínicos; tal como quien desanda camino.

Imposible no pensar en aquellos tan hermosos versos de Longfellow al cementerio judío de Newport, traducidos de mano maestra por nuestro poeta Héctor Pedro Blomberg:

Y leían así, siglo tras siglo,
—como si fuera un manuscrito hebraico
siempre a la inversa el Libro de la Vida
hasta que fue Leyenda de los Muertos.

cual tarde o temprano tendrá que convenirles, y mucho. Estos pocos sefardíes arcaizantes son los que defienden la vieja lengua; y con ellos la defienden también las madres, las hermanas, las novias. Si la calle va siendo de Francia, la casa pertenece todavía a España. La casa y el corazón.

A España pertenece todavía hoy el corazón sefardí. En las familias se conserva la fiel tradición de los linajes, entre apellidos que no son otros que Miranda, Benavente, Calderón, Albuquerque, Saavedra. Templos hubo y hay que se llaman de Zaragoza, de Toledo, de Castilla; cuyos rabinos predicán en castellano antiguo. Ninguna familia olvida su prosapia española; en ello ponen la poesía y la honra del hogar. Cada uno sabe bien de dónde vinieron sus abuelos, si de Granada, si de Sevilla. Hasta parece que pronuncian el castellano de una u otra manera, según de dónde vinieron. ¡Más no se puede amar!

También los niños sefardíes pertenecen a España. En las calles de Constantinopla, cogidos de la mano, cantan versos de los romances. Estos, que traslado abajo, son los que, según Yahuda, cantaban unos rapaces de Estambul, remedando la manera zaragozana de ciertos vecinos, a quienes querían burlar:

A un saragosano
le dió la jane

y subió a la mesjite
y abrió la bujite

para cantar una canfique;
le modrió una musjite
s'arrabió el saragosano
y abasó de la mesjite.

¿Y ese son de pandero? ¿Y ese aire de malagueña?
Es alguna moza hebrea que canta. Que canta un romance viejo:

Una vieja de Madrid
Combate que combatía...

De esta suerte, cuando en Constantinopla o Salónica desembarca de excursión gente de habla castellana —españoles, hispanoamericanos, filipinos— acaso

tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. En las tiendas de libros y en los puestos de periódicos abundan las páginas en lengua de Castilla. Nadie juzgue por las grafías rabínicas ni porque venga la escritura de derecha a izquierda. Castellano es. Y bien fácil hallar en tales boticas estudios talmúdicos en cuya portada se lee la recomendación de la obra, por ejemplo en estos términos: **Estampada en letra hermosa y ladina muy bien, según el uso de nuestra sibdad y cumplida en todo.**

En cuanto al librero, ¿para qué pararse a escucharlo? ¿Cómo figurarse que ese hombre del Talmud hable con las palabras mismas del siglo XV español? Los viajeros continúan su camino, y es lo cierto, empero, que esos hombres de la Biblia, éstos de los ojos siempre nostálgicos, los llamarían hermanos..

4

Con absorta memoria repiten hoy, repetirán de aquí a cien años, romances de la Edad Media, en que bajo apariencia singular lloran la desdicha de todos los perseguidos, de toda la triste recua. De veras, por el yermo de estos pálidos versos, pasa solícitadora, patética, la sombra sin fin de los desterrados:

Írmé quiero por estos campos,
por estos campos me iré,
y las yerbas de los campos
por pan las comiré;
lágrimas de los mis ojos
por agua las beberé;
con uñas de los mis dedos
los campos los cavaré;
con sangre de las mis venas
los campos los arregaré...

Pasó el sollozo.

Pensemos ahora en esos niños de ojos maravillados, de alma ilusa y viajera, que escuchan de pie, con el espíritu en lo remoto de los siglos, la canción española de la madre que día a día canta:

Lloran condes, lloran duques,
lloraba la frailecía;
ya lloraba el Padre Santo
por el conde de Sevilla;
siete días con sus noches,
y el conde no parecía.

Y la madre y el hijo, y la abuela y el nieto no tienen otro horizonte en la larga hora de la evocación, que una Sevilla fantástica, una Córdoba imposible, una Granada que nunca más será

—Gian Lorenzo, Gian Lorenzo,
¿quién ti hizo tanto mal?
—Por tener mujer hermosa
el rey me quiere matar.

Revive así cotidianamente la historia.

Más pensemos también en esos mozos que en las noches de primavera, bajo unos cielos rutilantes de **estrellería**, canta y aman en español:

Noche buena, noche buena .
noches son de enamorar

Enamoran y se enamoran cantando versos de España. ¡Son tantos y tan dulces! Los hay para cada ocasión del año o del alma. ¿Cómo recibir a la primavera sino con este romance?

Salir quiere el mes de marzo
entrar quiere el mes de abril...

Entretanto, la niña, que ya se embriagó ante el reclamo, puede levantarse cantando:

Yo me levantaré un lunes,
un lunes antes de albor.
Hallé mi puerta ramada
de rosas y nuevo amor.

Puede también cantar, si lo quiere, como la Esposa del **Cántico de los cánticos**, cuando el amigo tocaba a su puerta, húmedos los cabellos del rocío de la noche:

Abir ya vos abro,
mi lindo amor;
que la noche no durmo
de pensar en vos.

Mañana, cuando se case, todos le dirán en ese mismo castellano que no se olvida:

—Dicha y buena suerte tengas..

Quien no lo diga en ladino, haga cuenta de que no dio parabienes.

Si ya, por la gracia y virtud del común idioma, llegamos a sentirnos de algún modo parientes de estos lejanos sefardíes, seguro es que por el poder de unas mismas canciones de infancia sentiremos que una sola es la gran familia. Niños hay del Oriente que en los jardines primaverales, al caer la tarde, cantan las mismas canciones que nosotros cantábamos en la niñez, pues los niños de España y de la América española no han dejado de cantar:

—Aquí me manda el buen rey,
de las hijas que tenéis
la más bella que me déis

A lo que responden los niños sefardíes como nosotros respondíamos, o aproximadamente:

Ni las tengo ni las doy,
ni vos me las mantenéis;
con el pan que yo comiere
comerán ellas también

Palabras sin duda enigmáticas, de las que sólo a la infancia pueden dejar satisfecha; que el caballero contesta como si las hubiera entendido:

Tan alegre que yo iba
tan afligido me iré
A la hija del rey moro
no me la dan por mujer.

Pero ya lo llaman:

Tornad, tornad, caballero,
escoged cuala queréis .

Es los veranos, por callejas de Constantinopla, al volver una esquina, podemos oír de pronto canción de cuna. Es madre sefardí que arrulla:

Duérmete, mi blanca niña,
Duérmete, mi blanca flor

Si por ventura la que canta es la abuela oiremos quizás estos otros versos, en que de paso observamos un interesante ejemplo oriental del voseo popular argentino:

—Ke buskas, mi madri, i vos por akí?
—Busku yo al mi fizu, mi fizu Avraam

Y si acaso nos anochece en la judería, oiremos aún esta cantinela de mendigo:

Ojos tienen y no ven
orejas tienen y no oyen,
manos tienen y no dan ..

Extraño mendigo que pordioseaba bajo sus harapos, entre profeta del Viejo Testamento y limosnero de novela picaresca.

Ahora sepámoslo todo; conozcamos el hogar del sefardí

He ahí una anciana que está contando cuentos, **cosenzas** como los llama, queriendo decir consejas. Son cuentos orientales; su asunto es oriental; su atmósfera, oriental; su psicología, oriental; pero su idioma, el castellano viejo.

¿Erase que se era? No; no comienza así. Comienza de este otro modo sabrosísimo:

—Había de ser.. Y en estas montañas tenía qu' aver muchacha que es la hermosura del mundo..

—Y qué más?

—Y una hiza está casada, la otra es aínda manseva e da espasio verla.

Ha pasado una hora: ¡se acabò la konsenza!

Fin:

—Y ellos tengan bien y nosotros también.

Pero llega el invierno, y en las veladas de invierno abre la Biblia el anciano patriarcal, la vieja Biblia, impresa hace siglos en Holanda. Es una Biblia española de un castellano solemne. Ya la abre al azar el anciano. ¿Qué va a leer? No se dude. Serán fúnebres palabras de un eco elegíaco

—Dijo Jeremías a Israel: Tajar los tajaré, no como las uvas de la vid que se cogen pocas a pocas, ni como los higos de la higuera que se cogen uno a uno, sino todos juntos. Fruta y hoja será arrastrada, rehollada y perdida

Así dice la palabra santa, la palabra terrible, Todos inclinan la cabeza. Ellos son las uvas de la vid y los higos de la higuera y las hojas reholladas

Largo es el invierno. Ha caído mucha nieve. Ahora silba el viento. Se filtra por las rendijas el viento que silva. Se cuele helado el espectro de la nieve. Pero más lúgubre que ese viento del invierno en la noche es el clamor de Israel a Jehová. Ya lee el anciano en la vieja Biblia, impresa hace siglos en Holanda, en un castellano solemne y trágico:

—Alexástete de nos por nuestros delitos. erramos como ovejas y desperdímomos.

El castellano está siempre con ellos, hasta en la más judaica de las festividades, hasta cuando suspiran por Jerusalén; como en la canción llamada del peregrino:

A Yerusalaín, ciudad estimada,
serralos y mulkes * y vicios dejaba
Sueño de mis ojos de mí se tiraba.
A Yerusalaín, la ida sin vuelta,
parece a la gente que es la vuelta,
Sabedlo, que es una gran revuelta

¿Y España? ¿No es también una gran revuelta? Clamor grande, clamor de cuatro siglos hay en la canción que dice:

Perdimos la bella Siòn
perdimos también a España
nido de consolaciòn

A lo que respondemos con el alma:

—Pero América es vuestra ¡Oh sefardíes! Los mismos reyes que os arrojaban de sus dominios os aparejaban la tierra de la libertad. Mirad también hacia España. Cansinos Assens os ha mostrado en las antiguas sinagogas de España las nuevamente encendidas luminarias de Hanuka

* Inmuebles: Así lo ponen Menéndez y Pelayo en el tomo X de los poetas líricos y Rodolfo Gil en su *Romancero Judeoespañol*. Tales autores, La Revista de la Raza y el doctor Pulido han sido mis fuentes principales.